



Momentos casi perfectos *para morir*



[Pilar Alvarellós]

Momentos casi perfectos para morir

Pilar Alvarellos

Primera edición: enero de 2022

© Copyright de la obra: Pilar Alvarelos

© Copyright de la edición: Angels Fortune Editions

Código ISBN: 978-84-124649-2-4

Código ISBN digital: 978-84-124649-3-1

Depósito legal: B 19908-2021

Corrección literaria: Juan Carlos Martín Jiménez

Diseño portada: Celia Valero

Maquetación: Celia Valero

Edición a cargo de Ma Isabel Montes Ramírez ©Angels Fortune Editions www.angelsfortunedititions.com

Derechos reservados para todos los países

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni la compilación en un sistema informático, ni la transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico o por fotocopia, por registro o por otros medios, ni el préstamo, alquiler o cualquier otra forma de cesión del uso del ejemplar sin permiso previo por escrito de los propietarios del copyright.

«Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, excepto excepción prevista por la ley»

DEDICATORIA

A mi madre
por permitirme soñar,
y a mi padre
por enseñarme a no rendirme nunca.

AGRADECIMIENTOS

A mis hijas, Sandra, Paula y Brenda, por haberme demostrado que con apoyo todo es posible. Sois los tres soles que iluminan cada día de mi existencia, la razón de mi vida, lo que más quiero.

A María López. Por mucho que lo intento, no encuentro maneras de agradecerle tus esfuerzos, tal y como te mereces. Gracias por ser una persona tan íntegra y maravillosa, por creer en mí y por haberme acompañado en este camino desde el primer día.

A Isabel Montes, mi editora, gracias por confiar en mí y hacer posible que un gran sueño se convierta en realidad. No puedo estar en mejores manos.

A Gabriel Martín Cuvillas Pérez y a César Aldana, por alentarme cada día, cada semana, a seguir escribiendo, a superar retos y a reinventarme como escritora. Un abrazo desde el otro lado del charco.

Gracias también a Edu López, a Manuela y a Rocío, por los buenos ratos que pasamos juntos con nuestras risas, nuestros bailes, nuestras hachas y sierras mecánicas y alguna que otra locura en el metro. Os quiero.

A mi paisana María José Rodríguez y a Jordi Moreno, por haberos cruzado en mi camino y haberme brindado vuestro cariño y amistad.

A todos mis lectores, gracias por dedicar parte de vuestro precioso tiempo en leer este libro. Gracias de corazón.

MOMENTOS DE MUERTE

- **EL ESPEJO**
- **CARTA**
- **MUERTO EN VIDA**
- **MELODÍA DEL DOLOR**
- **CÚMULO DE DESGRACIAS**
- **MARTHA**
- **LA ÚLTIMA NOCHE DEL AÑO**
- **AMARILLO**
- **AMOR ETERNO**
- **EL ZOPILOTE**
- **VALERIA**
- **DESTRUCCIÓN**
- **NIEVE NEGRA**
- **EL MUÑECO DE NIEVE**
- **DINERO**
- **CARMEN**
- **DESEO**

EL ESPEJO

Sentía las piernas entumecidas y le costó ponerse en pie. Empezó a caminar hacia el baño. Tenía que hacer pis con urgencia.

Por el pasillo las piernas empezaron a responderle algo mejor. Llegó al baño y se sentó en la taza del inodoro.

Allí sentada se percató del gran silencio que invadía la casa. Esa sensación la entristeció. Los pequeños estaban de campamento, estarían fuera unas dos semanas, y su marido llegaría tarde de trabajar. Le gustaba aquella paz, pero a veces le entraba el pánico. Como madre estaba alerta a cualquier ruido que hubiera en la casa, por si a alguno de sus chicos le pasaba algo. Estaba siempre pendiente de todo, de las peleas entre ellos, de las peticiones que les hacía...

Y ahora... ahora no se escuchaba nada, nadie le pedía nada, nadie gritaba, nadie se peleaba...

Pero tenía que disfrutar de esos días, dedicárselos a ella, salir a pasear y a cenar con su marido. La rutina volvería pronto y luego echaría de menos esos momentos de paz y tranquilidad que estaba viviendo ahora.

Se levantó del váter y fue a la pileta a lavarse las manos. Cogió el jabón entre sus manos y levantó la mirada hacia el espejo, se asustó y lo dejó caer. Allí había una mujer que la estaba mirando fijamente, e incluso le pareció ver como se dibujaba una sonrisa malvada en su cara. Se apartó del espejo horrorizada, la mujer seguía allí, mirándola. Era mayor, su cara estaba surcada de arrugas y tenía el pelo completamente blanco recogido en un moño.

Salió del baño al pasillo a trompicones. El corazón le latía fuertemente en el pecho. Las manos le temblaban.

Decidió llamar a su esposo. Tenía una necesidad urgente de escuchar su voz y sobre todo de oírle decir que no pasaba nada,

que todo estaba bien. El teléfono estaba en el salón. Se encaminó hacia allí, sobre una pequeña mesa auxiliar junto a la ventana estaba el aparato, era grande, de color negro y redondo. Cogió el auricular para marcar el número de la oficina donde trabajaba su marido, lo sostuvo un rato en alto, las manos le seguían temblando, no se acordaba del número, últimamente se olvidaba de cosas, pequeñas cosas sin importancia, tendría que mirarlo en la agenda. Abrió el cajón de la mesita y la cogió. Lo buscó durante un rato, hasta que lo encontró y empezó a marcarlo, pero se detuvo un momento antes de marcar los dos últimos números, pensando que tal vez no fuera buena idea molestarlo en la oficina por una tontería, la tomaría por una loca. Así que colgó el auricular y respiró hondo en un intento por tranquilizarse.

Pensó que tal vez sus ojos le hubiesen jugado una mala pasada. Una taza de té le vendría bien.

Se levantó y se encaminó a la cocina. En el pasillo había otro espejo, uno grande de cuerpo entero al lado de la puerta que daba a la calle. No quería mirarlo cuando pasara por allí, pero también sabía que no podría resistirse a hacerlo, si lo hacía y allí no estaba aquella mujer entonces respiraría tranquila, todo habría sido fruto de su imaginación. ¿Pero y si resultaba que la mujer aquella estaba allí, esperándola?

Salió hacia el pasillo despacio, casi contando los pasos, y a la altura del espejo se paró y se giró.

Un grito salió de su garganta. La mujer que había visto en el espejo del baño estaba allí, mirándola fijamente, sonriéndole. Llevaba puesto un camisón blanco y unas zapatillas rojas. Rita se separó del espejo, hasta apoyarse en la pared que había detrás, y caminó pegada a ella hasta la cocina.

Ya no le apetecía el té. Se sentó, se tapó la cara con las manos y comenzó a llorar. Había visto muchas películas de apariciones en los espejos, casi siempre eran espíritus malignos que acababan matando al protagonista de la película, y siempre, o la mayoría de las veces, eran mujeres.

Tendría que llamar a su marido, ya no le parecía una tontería todo aquello, estaba realmente asustada, pero no quería volver a pasar por el pasillo.

En su habitación había otro teléfono, un supletorio, desde allí podría llamarlo, todavía se acordaba del número que había visto en la agenda. Pero en su habitación también había otro espejo.

Se levantó poco a poco de la silla donde estaba sentada ante la mesa de la cocina. Despacio, como si sobre su espalda llevara el peso del mundo, se encaminó hacia su habitación.

Abrió la puerta despacio y entró con sigilo, como si temiera despertar a aquella mujer. El espejo estaba al fondo de la habitación y el teléfono, al lado de su mesilla de noche, apenas un par de metros los separaba.

Se encaminó hacia allí.

Cogió el auricular con la mano. Mientras lo hacía no pudo evitar que su cabeza se moviera unos centímetros, sus ojos clavaron la mirada en el espejo.

La mujer estaba allí. Estaba en todos los espejos de su casa.

Agarró el teléfono con todas sus fuerzas con las dos manos, lo arrancó de la pared y lo lanzó contra el espejo, mientras no dejaba de gritar.

CARTA

Gran parte de nuestra vida nos la pasamos diciendo o pensando: «Odio cuando mis padres me dicen lo que tengo que hacer, odio cuando el profesor me castiga o me suspende, a veces puede que injustamente y otras no, odio cuando mi jefe me exige más de lo que puedo o debo hacer, pidiéndome horas extras que luego no me va a pagar, odio cuando...», y así una larga lista de cosas que odiamos, que, sin darnos cuenta, son el pan nuestro de cada día. No estamos conformes con nada. Bueno, generalizando claro, habrá quien no se sienta reflejado ante estas reflexiones.

Bueno, no sé quién va a leer esta carta, la policía tal vez, o los sanitarios, no lo sé. Cuando alguien lo haga yo ya estaré muerta y la verdad creo que me va a dar igual quién la lea, el caso es que lo hagan, por lo menos para ayudar a otras personas, que sé que las hay, que están en mi situación.

Me voy a matar, a quitar la vida, a suicidarme o como queráis llamarlo, porque ya estoy harta del odio «cuando». Pero no del odio «cuando» que mencioné anteriormente, ojalá fuera ese, por Dios que daría lo que fuera por que fuera ese, no, no es ese.

Odio cuando no tengo el control de mi cuerpo, ni de mi mente, ni de mis actos.

Odio cuando estoy relegada al fondo del abismo, cuando otros «yo» toman el control.

Odio cuando exponen mi cuerpo a situaciones peligrosas, que no suelen salir bien y acaba mal parado.

Odio cuando la locura invade mi mente y pensamientos oscuros afloran en ella.

Odio cuando no soy yo y el resto del mundo no lo ve.

Tengo que convivir con cinco «yo» diferentes. Créanme, es una tortura. Porque yo siento, veo y no puedo hacer nada.

Escribo esta carta en un momento de lucidez, soy yo, he logrado salir, porque los otros no están activos en este momento, están, en pausa, dormidos, tal vez sea la hora de la siesta para ellos (una broma para distender un poco el ambiente). No lo sé. Apagados o fuera de cobertura. Ahora mi verdadero yo tiene el control. Aunque sea por un breve espacio de tiempo. Y qué bien siento, por Dios. Por eso es ahora o nunca, porque tal vez pase mucho tiempo, y muchas desgracias más, hasta que pueda volver a tener el pleno control de mis facultades físicas y mentales.

Pido perdón por lo que he hecho, aunque no pudiera evitarlo al no ser yo, lo he visto todo desde la oscuridad donde estoy inmersa, las atrocidades que han hecho, las mentiras que han dicho, los engaños y todo lo inimaginable que puede hacer un ser humano, lo han hecho ellos.

No quiero que nadie sufra más por todo ello. Entonces, mientras no despierten, me quitaré la vida, así no podrán hacer más daño. Saben aquel dicho «muerto el perro, muerta la rabia», no sé si está bien que diga esto, pobre perro, pero no se me ocurría otro, lo siento.

Quiero que mi familia sepa que los quiero mucho, que siento todo el daño que les he causado, quiero que sepan que no era mi «yo», ellos me conocen y saben que no mataría ni a una mosca. Les perdono sus dudas, porque sé que las hubo. Y sobre todo espero de corazón que me perdonen y que me recuerden como la madre y esposa que adora a su familia y que intenté siempre hacer lo correcto.

Bueno, me despido ya, creo que la siesta ha llegado a su fin.

No me queda mucho tiempo. Por favor, perdonadme, pero esto es lo mejor que puedo hacer por mí y por todos.

Siempre quise volar, como un pájaro, como un alma libre. Ahora lo haré, aunque solo sea por unos segundos.

Acerca de la autora



Pilar Alvarellos Lema nació en Galicia (España). Los mitos y leyendas que le contaban de niña sobre apariciones, fantasmas y seres mitológicos que moraban en los bosques gallegos, en brazos de su abuela, mientras el fuego chispeaba en la «lareira» (cocina de piedra) formando sombras, avivaban su imaginación. Aquello marcó su camino: escribir relatos sobre aquellos temas que tanto le fascinaban y que a veces no le dejaban dormir. Sus muchos relatos escritos a lo largo de su vida y olvidados en un cajón, por fin empezaron a ver la luz. Algunos de ellos han sido publicados en revistas literarias como «Monociclo», «Anuket» y «Axolotl» y otras en antologías como «Underwriterz» y «Mitos y leyendas» de «Crónicas en Llamas». También tiene publicados mini cuentos, en libros recopilatorios como «Espejo roto», «Años luz», «Odisea» y «Poetas de Siempre». Fue finalista en certámenes literarios de

microrrelatos y ganadora del VII Certamen Literario de Microrrelatos «Melgar», convocado por «Letras como Espadas».Acerca del autor